CRONICAS DE FUTBOL DE EL HACHERO



CRONICAS DE FUTBOL

JUAN C. PUPPO ("EL HACHERO")

La nochebuena del crack

La recuerda porque era un fiesta típica. Allá en su pueblo, acostumbraba a llenarse bien la panza de nueces y pasas de higo, y tomarse unas cuantas copas de sidra, lo que le producía una ligera embriaguez que le colocaba en condiciones de sincerarse con los viejos camaradas.

—Vos no sos mi amigo. Vos sabías que taba metido con la Felicia y con todo l'anduviste haciendo los bajos.

—Pero vos me dijiste que no te importaba...

—Eso era por dinidá. Pero vos sabías que taba metido...

Así eran las pláticas. En un tono regañón, pesado y dulce. Quizás mimoso. Buscando una desavenencia que luego, al desaparecer con las explicaciones, los unía aún más y más fortalecía su amistad.

Así fueron sus veladas de Noche Buena en el pueblito humilde durante muchos años.

Después, cuando empezaron a desaparecerle los barritos de la barba y a languidecer su amor por la carambola, impensadamente cambiaron de disco. Ya más hombres se metían en un café y al calor de los copetines despertaba la imaginación y se mandaban cada musa que les hacía caer las medias.

—¿Te acordás cuando l'encajé cuatro goles a Mathesson todos de esquina, por la misma punta? (Era mentira) ¡Qué bronca!

—Y yo — yo... aquella tarde que no dejé tocar una al famoso Lagrecca.

También eran mentiras. Pero los dos se acordaban perfectamente, de buena fe y de mejor intención, porque, por un lado, el no recordarlo en el momento bien podía ser una infidelidad de la memoria, y por otro, la amistad exigía que no se discutiera.

La cosa es que, al día siguiente, se levantaban anonadados, arrepentidos de haber dicho tanta macana, humillados por su propia inferioridad. Esto era allá, en el pueblo, y lo recordaba en ese momento, víspera de Navidad precisamente.

Pero los tiempos habían cambiado. De simple jugadorcito pueblerino, más promesa que realidad, se había transformado en crack profesional. De paisano oscuro y anónimo que era, había pasado a brillar como astro.

Y aquellos festejos íntimos, de camaradas, hoy tenían la resonancia de una fiesta nacional.

En la puerta de la pensión se detuvo una voiturete. Bajaron tres tipos que se colaron en su pieza sin llamar, para dejar sentado que eran muy amigos. ("Como chanchos"). Y ya adentro, con el sombrero en la nuca, se pusieron a recorrer los cuadritos al mismo tiempo que hablaban.

El crack, con los pies metidos en una palangana tiene la mirada fija en el dedo gordo que sale a flor de agua, como si temiera ahogarse.

Uno de los visitantes cae en el detalle y tiene una palabra afectuosa para el dedo:

—Ese es el de patear los penales.

Y los demás vuelven la vista y lo reconocen:

—Cierto!

—Con ese sonó Besuzzo.

—Y el flaco!

El dedo gordo tiene una historia que ahora, en su presencia, revive nítida.

Ella está en el comentario que se diluye en el humo espeso de los cigarros y que continúa hasta que el crack empieza a elegir la corbata.

Del restaurante al cabaret; del cabaret a la milonga rea siempre levantando copas. Y en cada lado que entra todos se dan vuelta para mirarlo. El supone que lo reconocen y admiran. Sin embargo no es esto. Cada uno que lo ve trastabillando se hace esta reflexión:

—"La culpa la tiene uno, la tiene... Que paga pa ver a estos atorrantes que dispués andan mamaos con la plata de uno, mientras uno sufre"...

Y sus acompañantes, están cada vez más orgullosos de lucirse con el crack y disponer de su destino.

A cambio de ese honor lo escuchan atentamente —eso sí!— y aprueban con resolución cuanto dice.

—A mí me gustan las negras — expresa el crack.

A los otros también.

—Si son macanudas!

—Yo tengo una particularidad —dice más tarde—: no puedo escribir con tinta. Le tengo bronca a la tinta! Me se clava la pluma en el papel... Puff!!

—Salí de ahí con la tinta... Nunca he visto nada tan asqueroso. Me muera, que no!

El crack opina en un medio decididamente cordial. Sus razones caen como pesas. Se hunden, forman criterio, sientan jurisprudencia, como dicen en la Liga.

Y cuando se acerca un nuevo amigo a saludar a la rueda, uno de ellos le tironea de la solapa, se le pega al oído y señalando al crack discretamente dice persuadido y misterioso:

—¿Este? Este es un fenómeno, ché. Yo no creía que fuera tan preparado. Porque vos sabés lo que son casi todos los jugadores de fóbal...

Una vida excepcional

Era una cuestión prevista: Andrade tenía que terminar así, porque fue siempre así: desaprensivo, indiferente para con todos, incluso consigo mismo.

Una vez —hace algunos años— escribimos algo de Andrade en "El País".

Fue en vísperas del Campeonato Mundial. Nos ocupamos especialmente de él, porque habíamos sorprendido en la vidriera de un cambalache uno de sus trofeos olímpicos: la medalla de campeón. Allí, al lado de un clarinete adusto y negro como un cura, entre un par de espuelas —sin dientes ya las pobres, de tanto morder caminos— y unas bolas de billar cansadas de rodar, allí el pequeño disco de oro escondía su vergüenza al comentario mordaz e intencionado de las gentes.

Daba lástima y por eso escribimos.

A veces, escribir es como cantar: dulcifica las tristezas. Otras veces es como una confidencia, que alivia las amarguras. Por eso escribimos.

Aquella medallita rubia, había nacido para arrimarse, mimosa, al pecho de un campeón y soñar allí al ritmo sereno de un corazón fuerte. Pero el hombre desaprensivo la arrojó a la vida. La mandó al asfalto como se manda a un clarinete o a un puñal.

Esto solo pintaba la psicología de Andrade. Y adivinamos lo que habría de suceder más tarde, cuando aquellas piernas oscuras y finas

empezaran a hundirse en los años y las bisagras enmohecidas por muchas lluvias empezaron a chirriar.

Lo predijimos.

Andrade vivió con las precipitaciones e indiferencia de los triunfadores. Pareció que la vida se le entregaba para siempre y sin condiciones.

El pardito humilde, que se pasó días fumando, arrimado a un buzón de la Estación Pocitos y en espera de que alguno lo invitara con un vinito de a vintén, subió rápidamente sobre las multitudes y las conquistó y despreció ensoberbecido.

Fue a París. Como el tango.

Se cambió la gorra grasienta y las alpargatas destripadas por el capelo clarete que le hacía sombra sobre los ojos y las botitas de charol que iluminaban todavía más, aquellos pies privilegiados. Y lo bailaron las francesitas y lo acercaron a su corazón. Era el tango, era. Reo, compadre, varón y cruel. Era el tango que triunfaba arrollándolo todo.

Por eso, en lo mejor de su vida, cuando se le ofrecía la fortuna con los ojos ciegos y las mujeres con los ojos entornados, se desprendió de aquella medallita, que para él no tenía otro valor que el de todas las cosas de la tierra. Es decir, ninguno, porque todas las conseguía fácilmente.

Espíritu excepcional el de este negro que no conmovieron las glorias ni quebrantaron las miserias.

Tipo admirable que vio con indiferencia pasar a su lado el triunfo y la celebridad y soportó con la misma hidalguía y entereza las horas tristes de la decadencia.

Cuando estaba en su apogeo, Andrade, más de una vez creímos descubrir en la mueca de sus labios y en sus ojos entornados que parecían mirar siempre a la distancia, un infinito desprecio hacia quienes le rodeaban y proclamaban como ídolo. Entonces pensamos que el tiempo habría de castigar cruelmente su altivez.

Pero poco más tarde volvemos a ver a Andrade.

Había perdido su brillo y su fama. No interesaba a nadie. Había perdido sus amigos de las épocas buenas y cuando volvió al barrio tampoco encontró allí una mano que se extendiera fraterna. Había perdido todo.

Todo menos su gesto despectivo, y la gallardía de su estampa y la indiferencia altiva hacia este mundo nuestro.

Porque es así: duro, impenetrable tanto al odio como a la ternura.

Esa nota que publicamos lo molestó. Quienes lo vieron en aquel momento dicen que tomó el diario y lo deshizo en virutas.

Más aún, prometió tomarse venganza.

Pero pasaron dos meses, no más, y una noche de Carnaval nos encontramos a Andrade confundido en una agrupación de negros frente a la redacción del diario.

El tambor cruzado al pecho, los ojos cerrados en un profundo éxtasis, el oído dormido sobre el canto armonioso y dulce de los pinos. Andrade, olvidando todo resquemor, venía, él también, a ofrendarnos su simpatía con el alma puesta en pecho.

En París fue la novedad. Se le dispensó una admiración supersticiosa. Se lo disputaron las lindas francesitas como a un extraño amuleto, con algo de temor, algo de curiosidad y quién sabe qué extraño sensualismo salvaje.

Una vez el loco Romano lo fue a buscar a una dirección que el mismo José Leandro le había dado.

Llegó frente a un suntuoso apartamento y pensó: "Me habré equivocado". Igual se resolvió. Y allí, su sorpresa no tuvo límites. Ante la invocación de una doncella a quien lo único que se le entendía era "mesié Andrad", apareció José Leandro vistiendo un regio kimono de seda, en aquellas habitaciones llenas de pieles, de estatuitas, de "abar jours" y perfumes.

Un par de días más tarde Andrade andaba de nuevo suelto. Lo aburría el amor, lo ahogaban las pieles, lo asfixiaba ese aire cargado de esencias, a él acostumbrado a respirar fuerte en la costa de Palermo que bendice el mar, y a recibir con el pecho descubierto el sol picante de la muralla.

Así. Así despreciándolo todo, se precipitó el triste final. Andrade, en la miseria, fue a parar a un sanatorio de enfermos pulmonares. Sus amigos le organizaron algunos festivales de beneficio que nunca se realizaron. Ahora —¡qué diablos!— ahora Andrade no interesa.

Hay algo de admirable y de grande en todo esto. Algo admirablemente dramático en esta vida original, personalísima, que se despegó de un buzón hediondo a perros, y se levantó hasta los labios perfumados de las finísimas parisinas, para ser devuelto a la calle, más pobre y abandonado que antes. Hay hasta poesía. Hay, si. Poesía de arrabal: letra de tango.

Viejas emociones

¡Colombes! ¡Amsterdam! ¡Montevideo!. ¡Con qué orgullo pronunciamos esos nombres! Mencionarlos es traer rápidamente a la memoria, el recuerdo de días dichosos, vividos a plena luz, de tardes llenas de gloria y de alborozo. Posiblemente uno no había advertido, antes de ese momento memorable de Colombes, todo lo grande, lo sublime, que tiene el concepto de patria. Hasta allí, la patria era el tema de una composición escolar, que entreveíamos inseparable de un puñado de lanzas y de vistosos uniformes. Allí se constituyó en una revelación.

Recordamos ahora las palabras del indio Arispe, uno de los héroes de aquella cruzada:

—Para mi, la patria era el lugar donde, por casualidad nací. Pude haber nacido en cualquier otro lado y entonces hubiese tenido otra patria sin que interviniera en ello para nada mi voluntad ni mis deseos. Era el lugar donde trabajaba y se me explotaba... Y muchas veces pensé que en cualquier otro país hubiese sido lo mismo. ¿Para qué precisaba yo una patria? Pero fue allá, en París, donde me dí cuenta cómo la quería, cómo la adoraba, con qué gusto hubiese dado la vida por ella. Fue cuando ví levantar la bandera en el mástil más alto! Despacito; como a impulsos fatigosos. Como si fueran nuestros mismos brazos, vencidos por el esfuerzo, agobiados por la dicha quienes la levantaron. Despacito... Allá arriba se desplegó violenta como un latigazo y su sol nos pareció más amoroso que el de la tarde parisién. Era el sol nuestro... Abajo, las estrofas del himno que llenan el silencio imponente de muchos miles de personas sobrecogidas por la emoción. Entonces sentí lo que era patria!

Así me decía el Indio con su tono reposado, con su voz conmovida. Era lo mismo que aquí, en las calles de Montevideo, sufríamos nosotros y que ahora surge nítido, con toda su intensidad, al evocar aquellos nombres: Colombes y Amsterdam.

Sin embargo, en mi memoria ha quedado grabado, con más profundidad, el recuerdo de la jornada de nuestro Estadio. Llegó el día de la final y el jefe de la redacción me dijo:

—Tú vas a encargarte de la crónica de la calle.

Significaba eso que no podría ver el partido. Pero se me ocurría que era mejor para mí. Una solución. Esas expectativas vividas minuto a minuto, dañan los nervios, deprimen el ánimo, destruyen. Era mejor, sí. Montevideo estaba vacío. Las puertas cerradas. Bajo los altoparlantes del diario "Imparcial", un centenar apenas, de personas, que se iba reduciendo de a poco.

Los argentinos nos hacen un gol y el grupo se dispersa. Van a otro diario procurando otra información distinta. Los argentinos nos hacen otro gol y no quedó nadie. Había un silencio de desolación y de muerte. En esos momentos pasa una hilera de tranvías cargados. Son porteños que llegaron con retraso a ésta y se dirigían al estadio. Llegaban atrasados pero a tiempo para cantar su felicidad. De los últimos coches desciende un centenar de personas que se toman del saco y corretean en fila sobre los canteros de la plaza. Dan vivas a la Argentina y cantan, cantan su delirio de triunfo.

Montevideo no era nuestro. Era de ellos. Estaría bien que festejaran, pero que se fueran lejos, a su país, donde no los oyéramos.

Este Montevideo donde siempre hallamos un hueco para llorar un fracaso o una amargura, esta tierra que siempre nos recibió con los brazos abiertos, como una madre, no era nuestra ya. Era de los vencedores, que le habían contagiado la alegría cuando todos estábamos tristes, derrotados, sin fe.

Montevideo cantaba por bocas extrañas, el fracaso de sus propios hijos.

No pude más. La angustia, el dolor, me quebraron. Me dirigía a la pensión. Por lo menos mi mujer seguiría siendo mía —pensé. No nos ataba más que el cariño. La conocí en un cabaret; nos acercamos sin pensarlo, nos miramos con esperanza. Juntamos nuestras vidas y a los pocos meses tuvimos un perro, al que ella bautizó "Sentimiento Gaucho". Puede que fuera, porque el animalito arrastraba el chiripá al andar. No digo que no. Pero es más probable que el nombre de ese tango señalara alguna fecha de su vida. Sin embargo, más tarde, le llamamos "Pibe".

Cuando me vio llegar, esa tarde, se alarmó. Dejó sobre la silla el frasquito de pintarse las uñas y corrió hacia mí, haciendo sonar los zuequitos de baño.

—Negro, vos tás enfermo, —advirtió.

—Sí, estoy.

Me metí en la cama y trajo una bolsa caliente que era lo que usaba para todas las enfermedades.

Me la puso en los pies, en el vientre y en el pecho, por orden.

—En seguida te componés —decía segura. —Hoy hay un partido de fóbal, ¿no?

—Sí, hay.

Después sacó el agua caliente, echó fría, me colocó la bolsa en la cabeza y sentándose en la cama me contempló un rato con ternura.

—Viejo ahora parecés un fakir.

—Sí...

No quería oír nada, ni pensar nada. Quería distraeme. Pero como si aquello fuera una venganza cruel, de quién sabe qué malvado, una vez, dos, tres veces, la bocina del diario filtró las paredes y llegó a mi cama.

¿Sería posible? De la calle no llegaba ni un rumor; aquellos bocinazos estridentes caían, al parecer, como una espesa capa de plomo.

—¿Quién juega hoy?

—No sé, vieja.

—Sí... Cambiame el agua de la bolsa, ¿querés?

Que minuto de martirio; que horas de ansiedad, de sufrimiento, de tortura, aquella tarde terrible.

De repente se abrió la puerta y llegó como una clarinada de gloria el grito de la calle... ¡Uruguay! ¡Uruguay! Me tiré de la cama, salí al balcón "Uru-guay". ¡Uruguay!

—Vieja, vieja, vení!
—¿Ganaron los uruguayos?
—Si ganaron, querida, sí.
—¿Con quién jugaban?
El pueblo delira. La palabra "Uruguay" se eleva al cielo como un padrenuestro, se mete en las almas como una bendición. De la costa llega el retumbar de los tamboriles, las bocinas, agujerean las nubes... ¡Qué lindo eso, qué grande!
—Viejo, ¿tas yorando?
—Sí, estoy.
—Como cuando la perrera nos llevó al "Pibe"?
—Sí.
—Como cuando nos peliamos y encontrás la cama vacía?
—Sí...
—¿Cómo cuándo creístes que me moría?
—Sí... igual... igual...
Montevideo volvía a ser nuestro, a darnos su amor, a entregársenos grande, victorioso, como aquellos once varones que también tenían adentro, el fuego sagrado de un amor inmenso.
¡Colombes! ¡Amsterdam! ¡Montevideo!

La propuesta de Italia

Su primera impresión se tradujo en un desprecio infinito hacia todo lo que le rodeaba.

Esa proposición para irse a Italia era lo único que le faltaba para graduarse de crack auténtico; era como el espaldarazo consagratorio. Y en seguida comenzó a sentir que este Montevideo que alguna vez le pareció tan grande y misterioso, ahora le resultaba chico, mezquino, despreciable. Era como un extranjero en su propio país.

Le hubiera gustado salir a la calle con un revólver en cada mano a romper faroles. Experimentaba un raro impulso destructor, irrespetuoso, salvaje.

Así había asimilado la tentadora proposición del Ambrosiana. Pero después que divulgó sus alegrías, después que confió su secreto a cada uno que le salió al paso, entonces, como si de tanto repartir su optimismo resultara que se quedó sin nada, comenzó a sentirse deprimido, sin ánimo, sin fe, para su empresa que supuso tan fácil.

Desde la ventanita de su rancho del Buceo en esta noche clara contempla el mar que lo separaría de la patria. Es ancho, muy ancho, y muy negro. Mirándolo fijo da miedo.

Allá lejos, un vapor iluminado parece temblar sobre las aguas. Es como un gusano de luces que se arrastra penosamente en la noche. A bordo, todo debe ser alegría y bienestar. Mujeres bellas, sonidos de copas finas, música, perfumes. El Cafún se sintió en ese ambiente. Se ve sentado en el amplio comedor con la pierna cruzada y un cigarrillo que se consume lentamente entre sus dedos. La gente lo mira y comenta en voz baja "es el crack que se va". Las damas lo desean. El señor pelado que las acompaña las increpa celoso. El, continúa displicente, observando el humo del cigarrillo.

En ese momento, El Cafún oye una voz familiar:

—Negro, parece que t'hubieras güelto poeta.

Es la grela que asomó su cabeza de nutria por encima de las cobijas.

—¿Qué gusto tenés en estarte en la ventana con este frío? Venite al poliye, venite.

Es la eterna Mimí criolla, afinada de pasar hambre, estilizada de lavar pisos, que tiene para todos un poco de amor y que en cambio no pide nada.

Adentro del rancho hay olor a kerosén, a jabón amarillo y a polvos baratos. Siempre lo hubo, pero esta vez es más notable para

el Cafún, embriagado por los perfumes imaginarios de aquella nave que se va. Qué se va, tal vez para Italia...

—Ay negro; no tirés de las cubijas que me se piantan los quesos por abajo.

Allá, irá a vivir, sin duda, a algún hotel de lujo como esos que se ven en el cine. Mujeres llenas de pieles y caballeros de etiqueta pasarían por delante de su departamento y le dirían "Buona sera".

Su alojamiento tendría que ser muy bacán... ¿cómo qué? Abrió los ojos en la oscuridad buscando un símil y se le representó la piecita del rancho. Mentalmente, fue ubicando sus detalles. Ahí, a la derecha, el fonógrafo. Está gangoso. Quizás tenga las amígdalas inflamadas por el aire marino.

Al lado, la cortina que da para la cocina y donde todos se secan las manos. Así es que tiene ese olor a perro mojado. Atrás de esa cortina fue donde se le declaró a Leonor. ¡Qué noche aquella! Eso no vuelve más.

Leonor no le daba beligerancia a nadie y eso acució su deseo. Esperó el momento, y cuando la halló sola le dijo:

—¿No me da un beso?

A lo que ella respondió resuelta:

—No acostumbro!

Sin embargo... en Italia las mujeres son más ardientes, según se dice. Y más dulces y poéticas.

Cuando le son infieles al marido, salen con un tulcito en la cara para verse con su amante. Así, al menos, está en las novelas. Después, el marido, que es un gran comerciante... (porque allá hay de todo; no es como aquí, que los italianos son lustradores o fruteros...) el marido, que es un comerciante o un abogado —¡andá a saber!— la recibe en la biblioteca, paseándose con las manos atrás y le dice una punta de cosas en italiano.

—Viejo; ¿por qué no apoliyás? Parece que hubieras comido tachuelas— resuella de golpe la grela y vuelve a esconder la cabeza bajo las cobijas.

A veces, el marido engañado, jura que va a matar al amante y la mujer cae de rodillas.

Como aquella vez la Maruja. Se tiró para impresionar al "Casicasi" pero se le clavó un maíz en la rodilla y dio un pique desorbitado. El creyó que le traía la carga y reculó; ella lo seguía para postrársele delante. Anduvieron así como cinco minutos. Al final, se arregló todo; la Maruja lo arrinconó contra la pared y se le arrodilló a los pies, diciéndole:

—Pegame, si es tu gusto, pero no me abandones.

Fue aquí mismo, en esta misma pieza. Esa noche había ravioles con caldo de cabeza porque teníamos visitas. La que me tocaba a mí, llevaba un sombrerito redondo, pegado atrás, lo que la asemejaba a San Mateo con el redondel ese que se ponen los santos en la nuca.

—Esténse cómodas —les dijo el "Finito" y les trajo una salida de baño a cada una.

Los loros se miraron, como si en vez de eso les trajeran perejil para que se suicidaran.

¡Las cosas del "Finito"! Fuí yo quien le puse "Finito". Y a mi, ¿cómo me dirán en Italia? A Mascheroni lo llamaban "Tío" porque decían que era muy joven para llamarle "padre", apodo que le hubiera quedado mejor. A Faccio le pusieron "Tom Mix", porque usaba un sombrero muy ancho. ¿A mi..? ¡Quién sabe! Me gustaría algo así como Ventarrón o Tempestad.

Algo que diera sensación de fuerza, de pujanza, de avasallador.

—¡Ay, viejito! Sacame el codo de las costillas..!

Allá no hay costillas. Eso sí, dicen que escasea la carne. Y el mate también. Venden la yerba en la botica como medicina.

¿Y si uno se enferma? Es triste, che, morir lejos de la patria. Mirá Tito Frioni. Allá lejos... ¡Pobre Tito! Sin conocer el idioma,

sin un amigo de estos de aquí, que te dan un baño de pies por cualquier cosa y que te curan más con sus palabras que con sus medicinas. Y yo no sé. Total no es obligación irse. Si me quedara aquí viviría lo mismo. O mejor. ¿Quién te dice? Lo voy a pensar un poco. No me voy a tirar así, a lo loco. Vamos a ver mañana.

—¡Pero, negro, me vas a voltiar de la catrera con esas vueltas!

Un reportaje histórico

Puerto Buceo, marzo, 1939. (Especial para EL PAIS).

Cuando obedeciendo órdenes de ustedes decidí entrevistar a M. Rimet, lo primero que hice fue confeccionar un cuestionario:

—"¿Cómo encuentra a Montevideo?

—¿Qué opinión tienen en Europa de nosotros?

—¿Cuánto hace que está y hasta cuándo se quedará usted en la Fifa?

—¿Le gustan las vistas verdes?

—¿Acostumbra limpiarse los oídos con un escarbadientes?

—Y... dígame, en confianza, viejo: ¿no tiene algún programita?".

Consistía nada más que de ocho preguntas porque yo sé bien del inconveniente de abusar de ellas y que al final llevan el mareo al interrogado. Se me hizo presente, en seguida, el caso del tanito "Gorra e cuero" ocurrido cuando todavía jugábamos por amor a la franja. Se armó gresca. El tanito levantó el cajón de lustrar botines, lo bajó y se lo dejó puesto de cuello a un hincha contrario. Parecía Hernán Cortés, con la gola. Fue preso. El oficial le preguntó:

—¿Tiene padres?

—Tengo dos.

—¿Cómo es eso?

—Tengo in padre e ina madre.

—¿Vivos?

Aquí el gringo quedó pensativo. Hizo con la cabeza un balanceo y concluyó:

—E según! La vieca si, e viva, ma el vieco e meso otario...

Se me hizo presente esto, como digo, para proponerme no abusar de las preguntas. Sin embargo, no tuve necesidad de emplear siquiera las que figuraban en el cuestionario, pues monsieur Rimet atento y solícito, se reporteó solo.

—Vuestro fútbol es como vuestro pueblo —dijo— joven y por tanto irreflexivo, no ha conseguido aún esa madurez que da una experiencia larga y que transforma en ciencia lo que era empirismo, en comprobación matemática lo que era un ensayo. Vosotros estáis aún en ensayos. No sabéis señalar un mal sin atribuirlo al azar ni hallar un remedio sin buscarlo en el pasado. Osciláis, pues, entre esos dos polos: la suerte y los recuerdos.

Si un tiro pega en el palo os decís: "¡qué yeta!" sin daros cuenta que el arquero al mismo tiempo se dice: "¡qué suerte!"

Si un tiro pasa rozando el travesaño, os decís:

—"¡Ah! Si fuera un poquito más abajo" sin pensar que, cuando efectivamente pasa más abajo, pudo hacerlo, con iguales probabilidades por arriba.

La suerte es, pues, un término de muy elástica interpretación: para unos es buena suerte lo que para otros es mala. Y vosotros, sin embargo, lo explicáis todo con esa palabra y el público partidario queda muy conforme con la derrota de su cuadro si al día siguiente los diarios le dicen que no mereció perder, o sea, que no tuvo suerte.

Como las desdichas de un equipo no las halláis sino en esa suerte que es una palabra vana, el remedio ha de ser tan inconsistente como el mal. Entonces, en lugar de apelar a la ciencia que os

indica: jugad de tal manera, desplazáos de tal otra, entrenáos así o así, recurrís al recuerdo de épocas pretéritas y suspiráis:

—Esto no ocurría cuando teníamos a Urdinarán y Foglino.

—Y este partido lo hubiéramos ganado con los ojos cerrados, si tuviéramos nada más que el terceto Varela, Piendibene y Gradín.

Y... ya se acabó la sangre de los Lorenzo, de los Héctor Castro, en fin.

Esta es vuestra situación para la cual no voy a dictaros el remedio porque no lo asimilaríais, además de que tampoco me lo habéis pedido.

Así me habló monsieur Rimet.

Como ustedes comprenderán, no podía permanecer yo callado ante esas graves imputaciones. Entonces me acomodé el cinturón y le dije:

—Mi estimado mesié Rimet: el recuerdo, los recuerdos, es lo único que nos queda de lo vivido. Por eso lo cultivamos. Al meter la mano en el baúl del finado tropezamos con una cosa peluda. Es la barba que usaba cuando se disfrazaba de gaucho. Por entre esos pelos salieron muchos versos gloriosos, muchas frases que, al recordarlas, reviven aquel pasado, nos hacen una segunda vida. El que no tiene recuerdos está muerto. Y como nosotros —según usted lo ha dicho— somos jóvenes, queremos vivir y recordamos.

—En cuanto a lo otro, a lo de la suerte, le voy a referir mi caso. Como usted sabe, soy cronista...

—¡Güi, güi!

—Como usted debe saber, también los cronistas reciben muchas cartas de felicitación.

—¡Güi!

—Pues bien, mi estimado míster; yo, cuando recibo una carta es insultante. Una vez, en una de mis crónicas, decía que el juez Tejada lo podría secuestrar algún raptor de menores. En seguida vino la carta rajándome por el eje y firmada por un viejo conocido, "Varios lectores".

Lo primero que pensé fue que la escribiera el mismo Tejada, pero rápidamente se disipó esa idea. No podía ser. Años atrás le mandamos un brulotito al "Pollo", y esa misma noche cayó a la redacción. Con esa, su voz potente dio un "buenas noches". Presagiando un mal desenlace tratamos de hacernos los distraídos. Entonces, Tejada continuó:

—Me había quitado el sombrero, pero vuelvo a ponérmelo.

Empezaba el desafío. Para aminorar en algo esa situación, alguien asintió:

—Sí, cúbrase, está en su casa.

—Es que en mi casa estoy sin sombrero —dijo, siempre con su voz de trueno.

La cuestión se ponía más grave. No levantábamos la cabeza.

—Bueno... haga de cuenta que hay sol... —le aconsejé tímidamente.

—No señor —concluyó el Pollo— no me quito el sombrero porque ahí (señaló un retrato en la pared) hay un mal deportista.

Bien, con esta actitud Tejada nos había probado que no es hombre de pequeñeces. No podía ser el autor del anónimo. Entonces, ¿quién era?

Pero a lo que me refería, mesié Rimet, es a la poca suerte que tengo. Porque este es, incuestionablemente, asunto de suerte.

La única vez que encontré un hombre agradecido, el señor Bolívar Aguirre, al despedirse de mi me dejó un peso en la mano.

Me puse colorado hasta las medias. Me negué, protesté. No había manera de devolvérselo. El hombre saltaba y escondía las manos como si fuera a quemárselas y la gente empezó a amontonarse igual que si hubieran sacado un ahogado.

Ya ve usted, pues, que hasta teniendo suerte ésta viene acompañada de un enorme bochorno.

Ahora dígame cómo quiere que neguemos su existencia, mi estimado mesié Rimet. Esto, sin desconocer que usted también tiene razón y que deberíamos eliminar esa palabra del diccionario futbolístico.

Pero, créame, no podríamos vivir sin ella. Es tan linda, trae tantas esperanzas, explica tantas amarguras, que la necesitamos más que el pan de cada día.

Además, no la aplicamos tanto como usted dice. Por ejemplo en Colombes, en Amsterdam, en el Mundial y en Lima 1935, no la usamos para nada. Allí ganamos a juego. Si perdíamos, sí, era de mala suerte. ¿Le hablo claro mesié?

El francés, que al parecer me había escuchado con mucho gusto, sonrió bondadoso, complaciente. Me estrechó entre sus brazos, mudo de emoción y al apartarse se tanteó el bolsillo a ver si no le había robado la cartera.

El asambleísta

Es una lástima que los filósofos no se hayan acercado aún al fútbol. Rico como es en personajes, en caracteres, en psicologías, habría allí un abundante y magnífico material de estudio, desde el dirigente hasta el hincha, pasando por referées, jugadores y boleteros.

Si los filósofos hubiesen llegado hasta el fútbol, uno de los elementos que primeramente habrían atraído su atención hubiera sido, sin duda alguna, el asambleísta. Vengo a descubrirlo yo ahora, que tantos y tantos he debido tratar en esos días de agitación y expectativa.

El asambleísta del club de fútbol es un parlamentario que se quedó en gestación. Como esos cachorritos a los que se emborracha para que no crezcan. Como el que, sintiendo bullir en su alma la inspiración poética, la vierte en esas charadas que dicen: "Un, dos, seis, minga total, alcanzame la esco... tres, dos".

De haber tenido un poco de suerte hubiese sido diputado. De haber nacido en otra época, habría sido un orador revolucionario. Porque dentro de sí siente cruelmente las injusticias sociales, la opresión del pueblo por los amos.

Muchas veces se paró frente al espejo de la cómoda y allí, observando sus cejas pobladas, su mentón firme, dividido en dos por una zanjita igual a las naranjas de ombligo vio, en sí a un reivindicador de los derechos del hombre. Para hacer más completa la imagen quizás hubiese faltado una música de fondo, como la que tocan en las películas cuando una diligencia cruza el valle desierto o cuando el cowboy se despide de su hija que va a estudiar a Nueva York. Sin embargo no es absolutamente necesario eso. El tipo ve que le falta algo, sí, para estar completo. Entonces saca un escarbadiente del bolsillo de adentro y se lo coloca a un lado de la boca.

Estos días su mujer lo ha encontrado preocupado.

—¡Viejo; vos tas enfermo..!

Y él sonríe desdeñosamente, amargamente:

—Toy enfermo, sí... Enfermo de injusticias! Pero me digo para mi colecto que no será una voz anónima la que se levante proclamando el respecto mutuo.

Y ella, confundida, enternecida, le dice:

—¡Ay, viejo! Hablás igual que cuando éramos novios.

El día de la asamblea el hombre se siente maduro. Maduro en sus razonamientos y en su personalidad.

—"No conseguiremos nada con andar hablando a escondidas, porque a los grandes, a los que mandan, no les perjudica que se hable mal de ellos. Usted diga lo que quiera de Hitler, que él seguirá siendo Hitler. Pero si dice lo mismo que de Hitler, de algún pobre hombre, en fija que lo echan del empleo por inmoral. A los grandes hay que darles en la cabeza, pues"!

Este programa de acción le conquista algunos adeptos, que lo escuchan con los ojos muy abiertos y el sombrero hundido hasta las orejas. Con las manos en los bolsillos, se rascan.

Y entra a la sala rodeado por su escolta. Habla uno al que no se le entiende nada. Esto también es muy común en las asambleas. Cuando su pensamiento más o menos se aclara, vemos que su intención es sacar a Gestido de back. Entonces el hombre —nuestro hombre— se levanta furioso, como una tromba y en medio del torbellino se hace oír:

—Señor presidente: hago notar que está fuera de la cuestión.

Y se sienta de nuevo, satisfecho, con un gesto que parece significar: "¡No sé que sería de éstos si yo no estuviera aquí!". Porque, en realidad, a través del debate, por la forma como lo sigue, por su actitud de censor, da la impresión de que posee algún secreto que utilizará a último momento. Viene a hacérseme presente por analogía un secreto en materia de entrenamientos, que tenía Ondino Viera. Una tarde en el parque, me tiré un lance y le pregunté cuál era. Ondino vaciló un momento; miró, sospechoso a los lados, para cerciorarse de que nadie nos oía y entonces con el índice se tocó una mejilla, sin decir nada, como hacen los novios cuando quieren un beso.

—¿El qué, ché?

Se pegó dos veces más con el dedo en la mejilla. Y cuando creyó suficientemente tensa mi expectativa, se me acercó al oído y recalcó:

—Los mo-la-res.

—¡No diga!

Si señor; en los molares está el secreto de mi sistema de entrenamiento. (Esperó un momento a ver qué efecto me producía y siguió): Sin buenos molares no hay buena masticación, sin buena masticación no hay buena digestión; sin buena digestión no hay buena nutrición. Y sin buena nutrición no puede haber buenos atletas.

Esto recordé frente al asambleísta por su actitud de superioridad. Esto mismo seguí pensando hasta que se levantó la asamblea.

Ya en el tranvía, el hombre va explicando a su escolta:

—Yo se lo dije claramente; ¡si señor! Usté está fuera de la cuestión. Porque yo no tengo pelos en la lengua y me gusta llamarle al pan, pan y al vino, vino.

Y respiró fuerte, henchido, satisfecho, como si viera ya reivindicados por su esfuerzo los derechos del hombre, y concluyó:

—Les garanto que hemos ganado una gran batalla.

La lista "Renovación"

Estamos en pleno período eleccionario. Una parte de la hinchada se inclina por la reelección de la actual directiva. Son los eternos oficialistas. Mañana, cuando cambie esa directiva, estarán también por la reelección de la que la sustituya. Son una especie de monárquicos. Pero está, por otra parte, la inquietud de los innovadores, de los revoltosos, de los que no se casan con nadie: los de la lista "Renovación".

Renovar es una palabra obsesionante para el ochenta por ciento de los aficionados.

Sin embargo, no se sigue un procedimiento racional para ponerla en práctica. O se dirige, en procura del candidato, a un viejo asociado que lo que menos pensó fue llegar a ser dirigente, o se recurre a un elemento nuevo, palabra que también seduce al partidario, pero que, precisamente, por ser nuevo, está en ayunas con todos los problemas del fútbol.

El comité. Empieza sesionando en una salita familiar de muebles enfundados. Como conspiradores, silenciosamente, misteriosamente, van entrando en fila, y, mientras el dueño de casa abre las persianas, se detienen en el zaguán, sombrero en mano, con un gesto que parece significar:

—¿Y dónde está el finado?

—Muchachos; están en su casa —dice el hincha locatario.

Entonces, algunos apagan el cigarro, refregándolo en la pared; otros lo tiran a un rinconcito, deshaciéndolo con el pie, y todos bajan la vista evitando tropezar con algo.

En la salita hay un retrato con marco dorado. Es un hombre de unos treinta y cinco años, de cuello duro y alto, de jopo abundante y retorcido. Es un cuñado que se suicidó.

Los tipos van dejando el sombrero sobre el piano, al lado de un Chopin de yeso que se estremece todo cuando la nena ejecuta un paso doble. Ya están reunidos. Dentro de un momento va a llegar la patrona con seis copitas de oporto.

Y él dirá:

—Les voy a presentar a mi señora.

Y ella, agregará:

—¡Perdonen; con esta facha..!

Y todos los demás protestarán:

—¡No faltaba más, señora! Está muy bien. Los que venimos a molestar somos nosotros.

El iniciador. El que inició el movimiento renovador —que es, asimismo, el dueño de casa— explica sus propósitos que los demás escuchan ávidamente:

—Adelantándome a todos, yo fui donde don Segundo y le dije, (dije): "Don Segundo, lo precisamos; hay que salvar al club". Y él me contestó palabras textuales: "Por el club, dijo, estoy dispuesto a cualquier sacrificio. Ya saben —dijo— que hace mucho tiempo que ni siquiera voy a los partidos. Pero si me precisan —dijo— si creen que yo puedo servir de algo —dijo— aquí me tienen a su disposición".

Así habló el dueño de casa. Después, observando que uno de los contertulios, impaciente, miraba a los lados, concluyó en alta voz:

—¡Mangacha! ¡Trae la salivadera!

El candidato. Efectivamente, hace mucho que no va a los partidos. Desde el Campeonato del Mundo. También ¡está todo tan corrompido..!

Prefiere quedarse en casa arrastrando los zapatones, arrancándole las hojitas secas á las plantitas del patio. De vez en cuando se asoma al aljibe y con voz finita hace "Pi, pi, pi, pi..." Entonces, la tortuga asoma la cabeza y él arroja unas miguitas. Esto, para quienes le conocen, es una muestra de probidad, de buenas costumbres. Su devoción está en el hogar. A él dedica todas las horas. Por eso, no puede ver con buenos ojos, esos amores incomprensibles de su hija con un media cuchara que vive en la otra cuadra. Es buen síntoma éste que revela a un padre recto y consciente.

Por último, su espíritu previsor, que garante una gestión atinada en las finanzas del club, está perfectamente patentizado en este otro rasgo doméstico.

No hubo una sola vez en que, ya preparado para salir, ya con el sombrero puesto y el pie en el umbral, no se diera vuelta para inquirir celosamente:

—Nena: ¿cerraste la claraboya?

Probidad. Rectitud. Previsión: Es, pues, el sub-lema que llevará esta lista cuyo encabezamiento dice "Renovarse es vivir". Porque

son esas, según ha quedado demostrado, las cualidades salientes del candidato emanado de aquella salita familiar.

Y bien; ya he dicho que no encuentro muy lógica la elección en esas condiciones. Será porque yo, como mi buen amigo Materia —a quien tantas enseñanzas debo— desconfío siempre del que bebe leche. Será —no me atrevo a negarlo— cuestión de gustos, de educación o de cultura. Pero yo, antes que ese señor austero y durito que te dice, un suponer:

—Amigo mío: yo he sostenido siempre que el profesionalismo decretó una bancarrota moral que nos precipitó en un abismo insondable...

...Yo prefiero, decía al que (un suponer también) cuando pasa un caballo medio brioso, olfatea en el aire, te golpea en el hombro y dice "Trinchi".

Será cuestión de gustos o de lo que sea, pero yo lo preferiría así al presidente para mi club. ¡Palabra de honor!

La primicia

Habíamos oído el run-run y en seguida nos pusimos en campaña para confirmarlo.

N. N. (vamos a ocultar su nombre), centre forward del Bristol (daremos también un nombre supuesto), se hallaba en vísperas de formalizar su transferencia para uno de los clubes decanos que tenía, en esa plaza, su más difícil problema. Los cronistas revolvíamos todo, hurgábamos en todos los rincones sin darnos descanso, en procura de la información que conmovería el ambiente.

—¿Sabés algo? —nos preguntábamos afiebrados, inquietos, ante la posibilidad de que la noticia se nos escapara.

—Todavía no —respondíamos, alentando en ese "todavía" la esperanza de que más adelante la ansiada primicia fuera muestra.

Y cuando lo fue y la vimos estampada en el diario, debajo del retrato del crack, recién nos sentimos tranquilos y respiramos a pleno pulmón.

Han pasado nada más que cinco o seis años. De allí que revivamos íntegramente, en todos sus pequeños detalles, aquellas escenas intrascendentes, ahora, de nuevo frente al crack que silencioso, contraído, se acerca a nuestra mesa de la redacción. Viene con el sombrero en la mano. No se atreve a tutearnos, ya. Ha adquirido su experiencia en el fracaso y la derrota; en ellos ha conocido a los hombres, a la amistad, a las mujeres, y se sabe empequeñecido, inferiorizado, a los ojos de los demás. De los mismos que antes lo aplaudieron y agasajaron y se hicieron un honor con ser tratados de "che". La propia actitud del cronista, le dice que ya no es el hombre de moda, que entraba tropezando con las sillas, que saludaba con un grito desde la puerta y que respondíamos con un sonoro y cordial "¡Entrá, hombre!" en que había un dejo de protesta porque el crack no reconociera en ésta, a su casa. Ahora, el cronista apenas levanta la cabeza de sus papeles y, sin alegría ni sorpresa, con gesto apagado, inexpresivo, le sonríe exhibiendo una complacencia indiferente:

—¿Qué decís?

El ex crack mira a los lados con desconfianza antes de hablar. Luego, acercando su cabeza, bajando la voz, se explica:

—Venía a ver si usted me podía conseguir un diario del 45 que habla muy bien de mí. Fue en el debut. ¿Se acuerda? Decía cosas muy buenas.

Y en un tono más bajo aún que se hace imperceptible, agrega:

—Es para mandarlo a Colombia. A ver si engancho para jugar allá...

El cronista le dice que es un poco difícil conseguirlo, que ya se fue el archivero; en fin. Es, en realidad, una pequeña molestia. Pero si el cronista consultara un poco a su conciencia, vería que esta molestia habría pasado inadvertida cinco años atrás, cuando el crack lo era en todo su apogeo.

—¿Y cómo no guardaste ese diario? —inquirimos en tono de acusación.

...Y ¿sabés? (ya más animado recuerda que fuimos amigos, ve que aún lo somos, y comienza a tutearnos), yo no guardaba nada... Todo me parecía poco en aquellos momentos de triunfo... ¡Vos me entendés!

Lo entendemos, sí. Comprendemos también su situación. Poco a poco nos va tocando el lado bueno.

Esperate que voy a ver si volvió el archivero, —le decimos animados de la mejor intención. Y antes de que nos alejemos, nos toma de un brazo, vacila un instante, mira de nuevo a los costados y en su misma actitud misteriosa, pregunta avergonzado:

—¿Vas a decir algo de esto?

—¿De qué, ché? —interrogamos con sincera curiosidad.

—De esto; de que me voy a jugar a Colombia.

No habíamos pensado decir nada, francamente, porque en realidad la noticia carecía de interés. Sin embargo, no queremos desalentarlo:

—Y bueno... si te parece te hacemos un sueltito...

El muchacho piensa un momento. Sus facciones se avivan. Resolviéndose repentinamente termina, siempre en tono confidencial:

—Mirá, por ahora no digas nada, porque todavía no hay nada arreglado. Pero si se hace... ¿sabes? me vengo aquí y les doy la primicia nada más que para ustedes, ¿m'entendés?

Fútbol Actualidad — 4 de junio de 1958

Antepasado glorioso

Me escribe el Biznaga: Ha llegado el momento de romper el yugo de la dominación extranjera, defendiendo el fóbal de la invasión de elementos extraños. Parece mentira, que en el país del fóbal, como muy bien lo dice la canción inolvidable: "Uruguayo campioooone d'América y del muuuuuundo...", parece mentira, que todas las grandes recaudaciones provengan de otras latitudes, como quien dice: Evoquemos a nuestros gloriosos antepasados, que se sacrificaron por darnos personalidad. Recordemos que defendiendo ese patrimonio, fue que hicieron aquella flor de barrida con Leonidas, Carlitos, el finado Cardeal, —que Dios tenga en su santa paz— y Bahía, y yo que sé cuántos más. El único que se aguantó, fue Feitizo. ¡Era diablo el hombre! Pero la cuestión es, que nuestros antepasados desalojaron al invasor. Ahora, estos vienen de Italia, de España, de todos lados, y se llevan la guita como el Milán y el Real. Entonces hay que proceder con diplomacia. Lo mejor es no agarrarlos nunca adentro del área, porque es antideportivo darle fierro a un noble adversario adentro del área penal, que el juez te está mirando y vaya a saber lo qué piensa de uno, que lo mejor se cree que es un mal educado, y para eso la pobre vieja se rompió toda dándote un pasar. (Parate, que se me enganchó un pelito en la pluma y me está dejando como uno de esos arroyos que hay en los mapas). A más, si hay que dar se dá, no digo que no; pero hay que tener cierta cultura para eso. No lo vas a cruzar en las dos piernas al mismo tiempo, porque como muy bien dicen los cronistas, afea el espectáculo. Lo mejor es tocarlo. Tocarlo y chau... Dejá que la gente chille y que diga que no va más al fóbal. Peor para ellos, porque entonces se tienen que quedar en casa y se llenan de hijos, con lo cara que está la vida, que todo está por las nubes. Tocarlo y chau, porque yo no quiero que un crimen pese sobre tu conciencia hon-

rada, no lo digo porque vos estés presente, ni porque te quiera adular; que yo no nací para eso —en buena hora lo digo— y la prueba está en que muchos, con menos condiciones que yo, hoy son diputados o lo que sea, como Juancito, que lo conocí cuando vivía frente al almacén de Martínez y ahora quien lo ve, no le da la edad que tiene.

A más, yo lo que quiero... (Yo no sé qué destino, pero me pongo a decir algo y todo me sale torcido, por la desgraciada esa de la Elena, que me echó uñas picadas en el mate; se cree que no me dí cuenta). A más lo que yo quiero es que hagamos las cosas decentemente, porque yo no soy nadie como quien dice, para darte consejos. Bueno: perdoná el borrón porque había una mosca en el tintero, que quien sabe cuánto tiempo hace que estaba ahí la pobre, que si yo me doy cuenta la hubiera sacado porque, ¡palabra de honor! no puedo ver sufrir a los animales, que eso es lo bueno que tengo y no lo digo por alabarme, porque el hombre alabancioso merece que le arranquen las uñas con una tenaza. ¡Me caiga muerto!

Fútbol Actualidad — 20 de agosto de 1958

La venganza

Ellas eran partidarias de Wanderers. No sabían bien por qué. Acaso por razones de buen gusto. El blanco y el negro son colores que visten mucho a la mujer. Además, Wanderers es el viejo club de los gentleman.

Pero el pibe, más en contacto con el ambiente, más hincha del football, quería a Nacional, a ese Nacional de quien oía tantas glorias y hazañas cada vez que se escapaban al zagúan a recibir el diario.

Legaron al Estadio como una bandada de gorriones. Cuatro hermanitas y el nene. Además, dos novios.

Llegaron riendo y gritando alegremente, como si estuvieran en un pic-nic. Los reos de las tribunas dieron vuelta la cabeza para mirarlas y se encontraron con las caras estúpidas que siempre ponen los novios cuando la piba es muy juguetona.

Y para dejar expreso su partidismo, ya de entrada dijeron como sorprendidas:

—Ay! Mirá Muniz; qué divino!...

Y cruzaron la pierna y sobre ella apoyaron el codo y en la mano hundieron sus caritas que el sol picante comenzaba a excitar. Todas iguales. Lo mismo que si lo hubieran ensayado.

Y los novios tiesos, como si se hubieran tragado un bastón, azareados al extremo, buscando con los ojos otros ojos, en círculo, en una actitud desafiante.

Nacional hizo un goal y el pibe pegó un brinco. Levantó los brazos, tiró al aire su gorrita de marinero.

Las muchachas se miraron en silencio, con ese leve balanceo de cabeza que tienen las mujeres cuando no saben qué posición adoptar ante lo inesperado y que quiere significar:

—Qué me dice! Quién lo iba a decir!

Pero con ese optimismo particular de quienes no son realmente hinchas, pronto se repusieron:

—No importa; ahora gana Wanderers. Van a ver. Falta mucho, todavía...

Así dijeron y el pibe, desde su lugar, les echó una mirada burlona, rencorosa, despreciativa:

—Sí... va a ganar... ganariola!

Y los novios, que saben la influencia que tiene el hermanito y que quieren quedar bien con Dios y con el diablo, observaron a su prenda, observaron al nene, y sonrieron condescendientes y neu-

trales. Los dos al mismo tiempo. (Se llevan muy bien. Dan ganas de darle una guitarra a cada uno).

Y vino el goal de Wanderers. Aquí sí que las nenas se alborotaron francamente. Paradas en puntitas de pie sobre el asiento, sacuden las manos con una gracia encantadora. Diríase que están despidiendo a algún viajero. Patalean, ríen. La cabeza echada atrás; la boquita bien abierta, exhibe el paladar rojo y el semicírculo cerrado de sus dientes blanquísimos.

Y la garganta suave y armoniosa, tiembla de emoción.

Ante este cuadro espléndido, pensamos que bien valdría la amargura de perderse un partido, si con ello conseguimos proporcionar tanta felicidad a esas preciosas chiquilinas.

Pero ahí está el hermanito que no siente lo mismo. Lo denuncia su mirada torcida, su gesto huraño, el tinte que se esparce por sus mejillas, como si un líquido verdoso se le deslizara desde la sienes. Una de ellas, la más pícara, lo advierte y se le dirige burlona:

—¿Viste Pirulo? ¿Viste a tu Nacional? Ja! Ja! Son unos chivos!

"Unos chivos!" La frase es hiriente; le rompe los oídos, se le hunde en el alma.

"Unos chivos"? Ya verán...

Se incorpora pausadamente. Solapado, taimado. Como un delincuente en vísperas de realizar su venganza. Como un tigre que va a saltar sobre la presa.

Se acerca a su hermana. Espera que no desconfíe. Se asegura de que la víctima está ajena a sus propósitos.

Entonces, en un movimiento rapidísimo, le levanta las polleras.

Se oye un gritito agudo. Dos rodillas redondas, coloradas como frutas maduras, cegaron con su esplendor a los reos. Manotones. Una carita que enrojece, unos ojos ansiosos que quieren adivinar la magnitud de la vergüenza sufrida.

Y el gesto abombado del novio, medio sorprendido, medio angustioso que, tragando saliva parece interrogar:

—¿Pasó algo?

La venganza estaba consumada.

Falta uno: el Oreja

Ya no quedan dos calles iguales en este barrio mío, que vio desfilar a los descamisados del Lusitania tras la bandera de la franja roja estremecida por los cantos de guerra.

Su misma esquina ha cambiado. Todo; hasta los muchachos que hoy con amor y fe, volvieron a dar vida al viejo cuadrito apagado en el olvido.

Pero se conserva igual, querida y respetada la franja que yo también me crucé el pecho y con la que sentimos al corazón tartamudear quien sabe qué palabras de dicha, de fe, de esperanza.

Los estoy viendo desde mi ventana.

Comentan y hacen proyectos, y al paso de su optimismo infantil van quedando los adversarios tendidos como ropa al sol.

Los estoy viendo tan cerca que creo oír sus palabras. Han de ser las mismas que nosotros dijimos antes, mientras el paquete de "Cubanita" o "Ferriolo" rodaba de mano en mano.

Iguales proyectos, idénticas esperanzas que después fue borrando el tiempo.

¡Lusitania!; mi primer cuadrito.

Ahora a la luz del farol que desdibuja los rostros y los enmascara con las sombras de los ramajes medio pelados, me parece reconocer a aquellos muchachos amigos.

Están todos en rueda; con las piernas desnudas, en zapatillas; con el pelo sobre la frente y el pescuezo sucio.

Falta uno solo: Julio Rimolo.

El bueno del Oreja que se fue con su andar cachaciento, arrastrando las alpargatas y con el lomo encorvado como si le pesara la vida.

Nunca pude explicarme bien de dónde sacaba Julio esas fuerzas que derrochaba a manos llenas en las peladas.

Una mañana que, como todas se había levantado a las cuatro para ir al mercado, me decía mientras arrastraba penosamente el carrito de la verdura:

—Yo no sé. Aquí todas las calles son subidas. No vendrá alguna bajadita?

Y esa misma tarde estaba agrandándose ante el fierro y ante la adversidad en la quinta de los Perales. ¡Pobre Julio!

Falta él solo. Los demás están todos ahí, aturdiendo con sus gritos hasta que don José, el del almacén, les mande un balde de agua con olor a vino.

Entonces se desparramarán insultando.

Está Angelito Silveira, Los Monzani Nicolari, los Rimolo, Angel Bonino, Totola, el Tenderito, mi hermano...

Está ahí, firme, el viejo Lusitania en el espíritu de los nuevos muchachos que comentan y hacen proyectos igual que nosotros antes.

Habíamos conquistado de asalto un terreno triangular cerrado por las calles Pereira, Manuel Haedo y Diego Lamas.

A quien le tocaba el arco de la punta iba aliviado en los corners porque no podían tirarse.

Pero en cambio, los locatarios, que teníamos tanteado el campo, no errábamos un goal, tirando de baranda contra el alambrado que producía distintos efectos.

Eran terribles las goleadas que administrábamos. Y allí, en el triángulo, quedó despanzurrada la fama de los mejores valores del momento.

El Pampero, el Huracán, el Juvens, el Recluta, el Peñarol Pocitos, en fin, fueron sometidos a la prueba del triángulo fatal.

Ya nos habíamos agrandado mucho para caber en ese terreno fifí, rodeado de casas.

Entonces, —vaya a saber cómo— dimos con el Bileno, un campo abandonado que se extendía bajo la torre del William Poole. Allí empezó el Lusitania a vivir intensamente su vida.

Y en ese momento histórico se confeccionó la bandera social, que inmediatamente recibió su bautismo de sangre.

Ganamos bien aquel partido. La banderita nueva, pura, inmaculada, flameaba clavada en el suelo mientras nos vestíamos bajo los ombúes. Pero la bronca de nuestros vencidos tenía que explotar en alguna forma. Y sucedió. Uno, agarró un conejo muerto y lo tiró contra ella. Hubo un momento de estupor antes de que reaccionáramos. Después, Nicolari, tranquilamente tomó el conejo por las patas de atrás, se dirigió al osado que había afrentado nuestra insignia y se lo pegó en la cara dejándoselo colgado del pescuezo como una bufanda.

E inmediatamente el campo se encendió en una revolución.

De entre todo aquello, me ha quedado grabada la estampa del cojito Primo repartiendo fierro con su pata de madera.

Parecía un dios semi bárbaro, un dios de exterminio a cuyo paso se inclinaban los hombres desmayados, apretándose la barriga.

Volvió el Lusitania al barrio que lo vio nacer, desde mi ventana creo reconocer a aquellos amigos que juntaron sus corazones alrededor de la franja colorada.

Falta uno solo. El Oreja; que se fue cachaciento, arrastrando los pies, alto y huesudo. ¡Qué se fue demasiado pronto!

¡Porque... quién sabe! A lo mejor, esta vez, sí, agarró la bajadita...

Junto al mostrador

EL BOLICHE

Es un hueco en la noche sin luna. Un tajo por donde gime su dolor de fracaso, por donde respira nuevas esperanzas e ilusiones. El boliche es un ojo de gato; despierto, brillante, en las sombras, apagado, traicionero, dormido a la claridad del sol.

Junto al mostrador mojado, tembloroso de luces, se hace una confesión, se ahuyenta la amargura, se recuerda un pasado que ya es lindo porque se fue, se proyecta un futuro que es mejor porque lo inventamos.

Las copas tienen un canto de cachirlas que sabe a felicidad y sosiego. Los hombres somos hermanos. El boliche es un confesionario de esperanzas, un templo de fe, donde todas las madrugadas dejamos una ilusión que pasaremos a recoger mañana para poseerla, de nuevo, un instante. Así, hasta que un día, otro —otro nuevo que venga a engrosar esa legión de alucinados— se la lleve y no la encontremos más.

JORGE SANTOS

Indio viejo y macho este que está al lado mío y que la leyenda había adornado con tintes siniestros de perversidad. Indio inocentón como su sonrisa abierta, y guapo como esa, su mirada triste y feroz, que parece perdida en una visión romántica de tolderías charrúas: "Ypoñá cuñataí..."

Indio derecho y franco es este Jorge Santos que arrimado al mostrador, —allá en un café nocturno de Villa Dolores— me cuenta naturalmente, sin jactancia y sin modestia, la epopeya del famoso Santurio, su nombre de guerra en las canchitas de otros tiempos. En seguida nos hicimos amigos. Cuando dos tipos son buenos se encuentran rápidamente. Basta un par de copas. Los malos son quienes se retraen y se huyen y desconfían. Los que toman leche. Santurio es bueno a pesar de todo lo que se ha dicho y de todo lo que ha hecho. Lo advierto al paso de nuestra conversación. Alguna vez se habrá excedido —no digo que no—; alguna otra vez el portland del calabozo fue testigo mudo y frío de sus broncas ahogadas. Peró siempre Santurio procedió en la forma en que creía hacer el bien.

Por eso nuestra conversación es fácil; por eso ahora ni se vanagloria ni se avergüenza al hablar de sí mismo. Porque todo es muy natural.

AQUELLO DEL ALBA

Ante el recuerdo que despierta Santurio balancea la cabeza como un buey cansado, escondiendo una sonrisa.

—Con el Alba teníamos que jugar veinte minutos y habíamos quedado uno a uno. ¡Había que ganarles! En una de esas me corró y cuando estaba adentro del área, Petuto... —vos lo conocés a Petuto...— sí... Me barre! Me perdí ese gol. Pero hice otro. Salgo solo y pateo con fuerza. La pelota da en el palo y vuelve a mí que iba a la carrera. Allí la toqué de cabeza y fue a las piolas. Se armó un lío flor. La hinchada de Galicia Chica era brava, ché; sin grupo. Pero se metieron en la casilla y nos dejaron calientes. ¿Ah, sí? —dije—. Ahora vas a ver cómo los hago salir —dije. Nos rompen todos y después se esconden? Fuí a una vecina y le dije: "Buenas"; "buenas", me dijo. ¿No tendría un poquito de querosén para encender la lámpara? Me lo dio. Entonces rocié la casilla y le arrimé un fósforo. ¡Ibas a ver si salían o no!

Santurio ríe. En su cara de bronce brilla una alegría salvaje.

—¡No querían salir..! Yo les iba a dar...

TRIUNFO MEMORABLE

En sus pensamientos se enrieda el sollozo de un bandoneón. Santurio mira la radio. Después, a mí. Sus ojos son ya distintos; tienen otra expresión. Se han ablandado como si una mujer lo mirara fijo. Se han perdido, tal vez, en la evocación lejana y sentimental de un romance en las tolderías.

"Yponá cuñataí".

"Más roja que el urunday...".

Allá por 1927, en la cancha del Uruguay, se realizó la proeza inigualada. Misiones iba perdiendo por dos a cero y, faltando diez minutos para terminar, ni uno solo de sus partidarios había quedado para ver el desenlace. Pero Misiones llegó cantando a la Estación Pocitos. Los hinchas lo recibieron enfurecidos. ¿Habríase visto desvergüenza mayor —se preguntaban. Misiones había ganado por tres goles que hicieron Santurio, Ibarra y Fierro en diez minutos.

—Lo que no sabían —explica Santurio— es que ya habíamos festejado nosotros por cuenta nuestra. Fuimos a un boliche y mandé servir para los once. Hasta cansarnos. "¿Cuánto es?". "Cuatro noventa y cinco". "Bueno; deme otra caña para completar los cinco pesos y cóbrese de ahí". Así le dije al patrón y le dí la valija con los once equipos. ¡Había que festejar aquello, ché!

CANCION DE LAS COPAS

Junto al mostrador tembloroso de luz, se hacen confesiones, se recuerda un pasado, se forja un porvenir mejor. Los viejos tiempos vuelven a repetirse en la canción de las copas. Y ya cuando ese mostrador empieza a balancearse, a ir y venir, a acercarse y tocarnos y huir hacia atrás, entonces es hora de dejar allí esa ilusión, como se deja a la novia, para volver mañana a recoger de nuevo su aliento, su fe, su amor.

Así hasta que otro venga y se la lleve, como se llevan las cosas olvidadas, y un día nos quedemos sin ella.

El debut de Vallana

Yo creo que merece figurar en esta recopilación de notas periodísticas que se refiere al debut en nuestros fields, en carácter de árbitro, del famoso internacional español Pedro Vallana. Lo creo porque, a pesar de su apariencia intrascendente, en la forma y circunstancias en que se produjo ese debut, no deja de tener un significado aleccionador, y, sobre todo, no está desprovisto de valor como hazaña.

El simple anuncio que nos hiciera Vallana, a los que compartimos con él la diaria labor de crítica deportiva, de ingresar al cuerpo referil uruguayo, ya fue para nosotros motivo de desasosiego. Es fácil imaginar, pues, que éste se transformó en auténtica inquietud y zozobra, cuando tuvimos conocimiento de que Don Pedro ya se había iniciado en sus funciones.

El que trajo la noticia la fue soltando de a poquito, como esas cintas telegráficas en que vienen las cotizaciones de bolsa.

—Vallana hizo hoy de juez —dijo, y nos miramos espontáneamente, involuntariamente, asaltados por una misma ansiedad.

—Sí —continuó el otro— arbitró el partido entre Cerro y Fénix en la cancha del primero.

(Ya la cosa se ponía más seria).

—Y además —terminó el relator— cobró un penal contra Cerro cuando éste iba ganando por un goal.

No quisimos oír más. Ustedes saben lo que es la cancha de Cerro. Ustedes conocen a sus hinchas que, como todos los de las divisiones inferiores, están forjados a martillo y a portland: a golpes y calabozo. Ustedes lo conocen bien. Bueno; ahí había caído don

Pedro no sólo como referee que ya es jugarse la vida, sino a sancionar un penal que es ir a perderla irremisiblemente.

Nos imaginamos lo peor al momento. Vimos el cuadro. En seguida se nos hizo presente ese gesto alegre de nuestro Vallana que, ajeno sin duda al ambiente —con esa inocencia de la gallina que va a picarle los ojos al perro dormido— se sentiría en aquel momento, muy despreocupado y feliz.

Imaginamos las barreras pobladas de caras hostiles de media barba, de bocas sin dientes y hambrientas, de ojos encendidos, como esas viejas estampas de la Revolución Francesa. De hinchas roncos que se relamen la trompa igual que leones ante la sangre que se acerca, rodando entre los pastos.

—¿Pero y éste..? ¿Y este angelito qué hace? —se habrán preguntado indignados, intrigados, rabiosos; con esa rabia contenida del que, al mismo tiempo, se siente desarmado por lo que no puede precisar bien si es osadía, inocencia, audacia o desafío.

—Pero, pero... pero ¿qué hace este angelito? —se repitirían inconformables.

Hay situaciones que escapan a la lógica. Hay reacciones del espíritu que nos sorprenden a nosotros mismos.

Imaginate vos —que sos reo y cascarudo y que no te van a tapiar así no más— que en una vuelta del destino te consiguieras esa novia que reúne en sí el sumo de las virtudes.

Por ella amurás la barra amiga del cafetín de la esquina; por ella te empezás a poner corbata y a limpiarte las uñas, no con un boleto doblado como hacías antes, sino con un escarbadientes, como es debido. Por ella llegás hasta el supremo calor de comprar una bolsita de bombones, soportando la sonrisita irónica y mordaz de la confitera; por ella, en fin, sos otro hombre.

Una tarde, al ir a buscarla para acompañarla a casa de su tía, te encontrás con la vieja llorando que te informa de la cruel verdad: la nena se escapó con un ciclista. ¿Te das cuenta? Sí; con aquel mismo que pasaba chiflando y que soltaba al manubrio, desaprensivo y audaz, para meterse las manos en los bolsillos.

Vos, si pudieras agarrar a la muchacha en ese momento la matarías. De a poco. Con un pincho de sombrero para que sufriera más. Le pondrías una argolla en la nariz como a las vacas; le aplicarías un sin fin de torturas. Y esa idea de venganza roe las entrañas, oprime el corazón, no da descanso. ¡Ah! ¡Si la agarraras! Pero llega otra noche, —una semana después, vamos a ponerle— y se te presenta la nena sonriente, ingenua y angelical:

—Negro; vine a buscarte para ir a lo de tía..!

¿Entonces qué hacés? Apretás los dientes, apretás los puños; sentís que la sangre se te sube a los ojos y te levanta el jopo; sentís que te zumban los oídos, que se te inflama el alma y cuando todo está junto... ¿Qué vas a hacer? ¿La vas a matar? Es poco. ¿Te vas a morir vos mismo? No. Bajás la vista y le decís:

—Perate que viá buscar el sombrero.

Esa es la situación que debe haber vivido don Perico. Ya la osadía de ser juez era suficiente para justificar un linchamiento. Pero si además de eso va a la cancha de Cerro y no sólo demuestra desconocer las leyes del offside no favoreciendo al locatario, sino que, además, le cobra un penal en contra... ¿qué iban a hacer? ¿Matarlo cuando su delito estaba mucho más allá de la muerte? ¿Lincharlo, cuando con ello no hubiera pago ni la mitad de sus culpas?

—Que-que-que... ¿qué hacemos con este angelito?

Nuestro amigo volvió. Quizás no hayan logrado ponerse de acuerdo con el destino que le irían a dar. Pero Vallana volvió. Si algo me remordía era que su extrañeza del ambiente le impidiera saborear, valorar, este episodio heroico que viene a sumarse a los

muchos de su agitada vida de futboler, de referee y de crítico deportivo. Cumplo, pues, con el deber de historiarlo, para que mañana, cuando don Pedro diga...

—"Cobré un penal contra Cerro en su misma cancha..."— la gente no empiece a palparlo para cerciorarse de que no es una sombra, de que no es un espíritu, que en realidad está vivo.

Por esto, pues, es que creo que debe figurar ese episodio en esta recopilación de notas periodísticas.

Delito purgado

Vino con el propósito de hacerme una denuncia; de darme una primicia sensacional. La emoción lo ahogaba; la satisfacción de ser útil a la causa le llenaba el corazón:

—¿Sabés una cosa?

—Sí.

—¡Qué vas a saber vos! ¿Sabés que el ñato Pedreira está empleado?

—¡No me digas!

—Sí, hombre. Es el que le paga a los maestros. Andá a verlo para desengañarte. Está tan fino ahora, que no habla más que de "tú" y de "vosotros". Ché.... hay que hacerle una buena cachada...

—¿Por qué?

—Y... porque trabaja. ¿No le da vergüenza? ¡Avisá..!

Le prometí al reo que cumpliría con sus deseos. Sin embargo, pensándolo mejor, me pareció que no había derecho a violentar a un tipo por un simple renunciamiento de esta naturaleza que, al fin y al cabo no es nada malo y que de todas maneras le ofrece la oportunidad de arrepentirse en cualquier momento y volver por la buena senda. Sabía, además, que las burlas no amedrantarían a Pedreira. Y que quien busque humillarlo se expone a una contestación como aquella que le dio el negro Juan Delgado a unos que pretendían confundirlo.

—Así que tás empliao n' el Corralón —le dijeron. —¿Y qui hacés?

—¡Y... toy pa dispertar los burros!

El ñato, con su viveza innata, les daría una respuesta semejante. Sin embargo, tenía, por otro lado, el ejemplo de Ciocca y eso me contuvo.

Jamás debe haber pasado el pobre muchacho un trago más amargo que cuando ingresó a la categoría de bancario. Llegó al barrio contento y confiado en su suerte. Sin embargo sintió la primera inquietud cuando todos aquellos de sus viejos amigos guardaron silencio, y en lugar de palabras de aliento se halló rodeado de sonrisas maliciosas.

No le decían nada pero él adivinó todo. Hablaban de football, de truco y escoba. Del empleo ni una palabra.

Era como una tempestad que se venía elaborando calladamente en la calma turbulenta de los espíritus, y que asomaba en nubarrones trágicos en el gesto burlón de la muchachada.

De buena gana Ciocca les hubiera dicho, les hubiera implorado:

—¡Cachemén de una vez y dejemén tranquilo! ¡Por favor cachemén!

Pero los otros, con un sadismo cruel, se limitaban a mirarlo; a mirarlo y sonreír...

Esa noche, Cioquita no pudo dormir. Al día siguiente y al otro, faltó al Banco. Hasta que se armó de coraje y jugándose entero afrontó la situación. Concurrió a sus tareas, una vez, dos. Su actitud era desafiante. Quería que el asunto explotara de una vez. Sin embargo sus ímpetus chocaron siempre con la frialdad glacial de un gesto sobrador y la burla de una mirada misteriosa.

Se achicó. Andaba corrido. Al volver del empleo lo hacía arrimadito a la pared, pisando apenas el suelo para no llamar la atención, mirando de reojo hacia los lados con una desconfianza indisimulada.

Un medio día se produjo el acontecimiento decisivo. Calladito, rumiando sus temores, Ciocca entró al barrio, mirándose los dedos manchados de tinta. (¡Estigmatizados por el delito!) Anduvo unos metros, así, huraño y prevenido, cuando detrás suyo despegó una ventana y asomó una cabeza peluda, y se abrió una boca negra, sin dientes, y una voz de trueno le enrostró su pecado:

—¡Trabaaá-ja-do-or!

Fue como el ladrido de un perro, como el canto de un gallo en la madrugada. A esa voz siguió otra y otra:

—¡Trabaaá... ja-do-or!

Se extendió hacia el infinito. Rodó por las calles, se elevó sobre las chimeneas, dio vuelta en las esquinas, se filtró por las ventanas. Y, en medio de ello, Ciocca, quietito, como un cuzco asustado, le daba las gracias a Dios de que el misterio quedara allí revelado.

Ya había purgado su delito de inconsecuencia a la tradición.

Figuritas de cigarros

—Murió Ramón Ríos.

Esta noticia, dada así fríamente, como una de las tantas que llegan a diario al cronista, no me produjo pena ni emoción. Apenas ese ligero estupor que ocasionan los sucesos inesperados. Apenas esa rápida vacilación que se experimenta ante lo ilógico. Pero, ¿es que el chino Ríos podía morir? fue lo que vagamente me pregunté.

Para mí era una de esas figuritas que venían en los atados de cigarrillos y que nos jugábamos con otros pibes, a "cara o cartón".

Una de esas figuritas que todas las mañanas ojeaba con devoción y curiosidad. A escondidas, apretándolas bien, no fuera cosa que me dieran el manotazo, haciéndome "Cayó". Entonces, como si pasara lista de asistencia, iban apareciendo en la boca del mazo, para pasar en seguida, atrás, Miguelera, el lungo Parraviccini, Raimonda, Megula Canturi, el chino Ríos... Eso era.

Hace muchos años. Veinte, veinticinco; quizás más.

Los muchachitos reos aprendimos a fumar, nada más que por coleccionar esas figuritas, que venían en los paquetes. "Alfonso XIII", "Arabes", "Ferriolo"...

Lo recuerdo muy fugazmente. Ahora se me ocurre que son muy originales. Se adivina que el jugador, valija en mano, concurría a casa del fotógrafo. Allí vestía el equipo, colocándose luego, de espaldas a un castillo deshabitado, misterioso y poético, pintado en una tela del fondo. Cuando corría un poco de viento, el castillo se ponía a temblar.

El fotógrafo zambullía medio cuerpo en una funda negra y permanecía ahí cerca de diez minutos maniobrando. Después salía sudoroso, jadeante, desaliñado, como si hubiera estado arreglando un submarino. Así se confeccionaban aquellas figuritas que guardábamos con celo y cariño.

Buscándolas aprendimos a fumar y fumando hablamos de fútbol y llenamos de salivazos la vereda del almacén.

Nos atraía, sobre todo, el detalle curioso, el chisme, la ocurrencia referente a esos extraños hombres que conceptuábamos dioses.

—Una vez Alberto Zumarán jugó con zapatos de charol para hacer un gol de lujo.

—Eso no es nada. Dicen que Eliseo Brown, usaba botines de distinto color. Uno amarillo para llevar la pelota; otro blanco, en el izquierdo, para hacer goles.

Mencionábamos el shot de Lalo Castro, que cada vez que agarraba la guinda, iba a parar al arroyo. Los dichos amenos del negro

Juan, la picada disimulada de Jorge Pacheco, la ocurrencia de Pappariello que dribleándose a toda una defensa, incluso al golero, se metió en el arco con pelota y todo y luego se le sentó arriba para descansar.

—Una vez de regreso de un viaje de Buenos Aires, River Plate, el viejo River, fue detenido en el puerto, acusado de contrabando. Al abrir las valijas de los jugadores, encontraron dentro de cada botín, tres o cuatro navajas de afeitar. Las había comprado el chino Ríos y, sin que lo supieran sus compañeros, se las metió en el equipaje, como medio de pasarlas.

Todas estas anécdotas surgían en presencia de aquellas figuritas. Observándolas, hoy, se nos haría imposible creerlo. Uno compara aquellos hombres pesados, graves, con la silueta ágil y fina del jugador moderno y cuesta convencerse que jugaran fútbol, algunos con el contrapeso de unos bigotes que le trepan a la cara como hiedras y ajustados en un pantalón tan profundo, que apenas si hacen pie. Uno los imaginaría en otra forma. Quizás ofreciendo un ramito de claveles a la casta moza, que oculta su rubor tras el abanico. Tal vez quitándose respetuosamente la galerita, colocarla como a un niño, con cuidado, sobre el brazo izquierdo y después hacer una reverencia para expresarse con gravedad:

—¡Tengo el honor de aconsejarle nuestras pólizas de seguros!

Eso pensaría uno ahora en que la vida lo ha hecho indiferente, burlón y desconfiado, frente a aquellas figuritas que antes nos dejaron pensando, con su misteriosa sugestión de leyenda, como frente a un viejo cañón desenterrado. Porque además, aquellas figuritas, a través de los años, han empezado a animarse, a cobrar vida, alternar con nosotros mismos.

Para mí, sin embargo, el chino Ríos, seguía siendo una figura de esas que traían los atados de cigarros. Con el mismo cariño, con el mismo respeto que cuando aparecía en la boca del mazo, lo observaba en sus movimientos, lo seguía en sus conversaciones. Con el mismo celo guardaba el recuerdo de sus gestos y admiraba todo aquello que se le refería y recorría en la memoria, sus hazañas.

Pero ya no podía apretarlo entre mis dedos como antes, como cuando era una figurita de verdad. Entonces me dieron el manotazo. Me hicieron "Cayó"...

Fútbol femenino

Doña Sabina me alcanzó la caldera y dijo:

—Bueno; ahora seguilo vos, che, comodón, que yo tengo qui hacer.

—¡Sí, doña; no faltaba más!

Subió a una silla con un inflador en la mano y empezó a desparramar bufach a los parrales que ciñen el patio de ladrillo, en una linda bóveda verde.

—No faltaba más, misia Sabina; usté que me conoce de gurí, si v'hacer cumplidos conmigo...

Es un antiguo caserón, de allá, del Camino Corrales, que en estos días de otoño se perfuma con la humedad de su vieja quinta abandonada y el olor penetrante de las curtiembres, haciendo así más sugestiva y extraña su apariencia.

Si se está un rato en silencio, suele tenerse la impresión, que, de pronto, de atrás de alguna de esas puertas pesadas y herméticas que rodean el patio, va a salir Lavalleja abrochándose la casaquilla.

Pero en este momento no sale otra cosa que la vocecita bien timbrada de la nena que está en su cuarto:

"... y por más que te odio
te quiero y te adoro
y padezco por ti..."

Doña Sabina está entregada a su labor.

Ahí, descargando humo a los cuatro vientos parece una diosa guerrera. De cuando en cuando dice alguna palabrota que no la aflije mayormente porque yo soy de confianza. Y al levantar los brazos se le suben también las polleras, exhibiendo un par de piernas que parecen porrones boca abajo.

—Tiene buena gamba pal fóbal, tía —le dije de golpe para quedar bien.

—¿Lo qué?

Se dio vuelta erizada como un bicho peludo, y supuse instantáneamente, que la había embarrado.

—¿Lo qué decís, vos?

Es posible que la vieja tuviera sus pretensiones de piba todavía, y le cayera mal mi desgraciada observación. Eso pensé. Pero no era así, y ella misma se prestó decidida a sacarme de la duda:

—Ni me nombrés al fóbal; ¿has oído? Ni me lo nombrés. Andá ver ahí a la monada de m'hija. Andá ver que bonito papel está ciendo con las pata salaire y sacudiendo las carne com'un cótel. Andá verla.

Titina es una afortunada belleza y lo que yo quería era, precisamente eso: verla así, tal como me la había descrito la criolla progenitora. Pero ni bien me paré con la santa intención de obedecer a su mandato, la vieja pegó el rugido:

—¿Ande vas, vos?

—Y diga doña: ¿entonces porqué la deja jugar?

—¿Por qué?

Doña bajó el inflador del bufach, lo metió en el balde, bajó ella también de la silla con el embarazo de una cotorra y terminó así la operación:

—Eso preguntáselo al idiot' al padre qu' está bobo con ella.

Tenía sus motivos el tano zorro para permitirle todo al bello y feliz cachito de amor. El principal era que, ya que no había ningún varón para llenar sus ansias, recién nacidas, de fútbol, lógico era que la nena le proporcionara esa satisfacción:

—Alora é suplenta —decía el gringo optimista, tesando las jarcias que le colgaban sobre la boca— má pronto fará carrera, perque é propiamente una Anselmi.

—Lo ha sóido, —remataba la vieja encrespada como un gallo. ¿Lo ha sóido? Ahora decime vos si nos tán todos locos. Decime.

Así se trenzaron. Aquello era una pelea de perros. En tanto la nena, risueña su carita en la ventana fruncía mimosa el hociquito rojo como una guinda. Entonces me armé de coraje y entré en el mareo como quien zambulle de un trampolín.

—Y bueno, dejelá doña —tercié— el deporte es saludable... (la nena asintió con un golpe de cabeza) es... es salud... (otro asentimiento), es alegría... (muy bien), es belleza... (bravo!), es una delicia!! palabra que sí, terminé enfervorizado.

—Lo que sucedió en seguida no te lo voy a contar ahora mi buen lector. Te lo podés imaginar. Pero hay esto. Decime vos: ¿si el viejo no consiente el fútbol como va a hacer para escaparse todas las tardes a las "prácticas" de la parda Irene que lo tiene ligado? Y si yo no lo estimulo, ¿cómo hago para verme a los jueves y domingos con esa papa que fruncía la trompita en la ventana? Vos comprendelo, y vas a ver que el fútbol femenino se impone por causas de fuerza mayor. Ahora, entre nosotros, te diré qu' estoy contigo en qu' el juego ese, entre mujeres, es un verdadero mamarracho.

Estoy contigo. Sí. ¡Qué no vea más esta luz!

"Son crónicas de El Hachero. Este nombre se da en el fútbol al que prefiere emplear el juego ilícito, al margen de los reglamentos. Lo he adoptado porque yo también empleo un lenguaje - ese mismo lenguaje popular - que podría calificarse de ilegal, gramática en mano. Soy pues, un hachero de la literatura. Y no me acuso de ello; simplemente informo".



Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Papel). Julio de 1969.